



MERCADO DE SAN VICENTE DE PAUL. ZARAGOZA

Un invierno raro

MARÍA JOSÉ CAVADAS

Leía los sucesos sólo por saber de qué habían muerto las víctimas. Por eso, la noticia de aquel día se quedaba coja. Le molestó que no se explicará de qué había fallecido aquel tipo, quedaba poco profesional. Cerró el periódico y sólo volvió a abrirlo en el autobús para ver qué ponían esa noche en la televisión.

Amaneció soleado. Una de esas jornadas engañosas en las que la intensidad de la luz no permite calcular el frío de la calle y luego se te pega a los huesos. Odiaba los inviernos que no parecen inviernos. Para colmo, la gente parecía encantada con esa luz mentirosa. Hasta el hombre del tiempo salía por la tele con una sonrisa boba anunciando "sol". ¡Señor, Tan difícil resulta pensar; Es que no hay nadie dispuesto a interpretar los datos un poco más allá! Tanta docilidad le sacaba de quicio.

Llegó al despacho y repasó el correo electrónico. Se atrancó en el primer mensaje. –¡hay que ser experto en todo!–. Le molestaba tener que recurrir a la secretaria, no podía soportar que una joven sin estudios tuviera que rescatarle del naufragio

–Ya lo tiene.

–Qué ha hecho?

–Nada

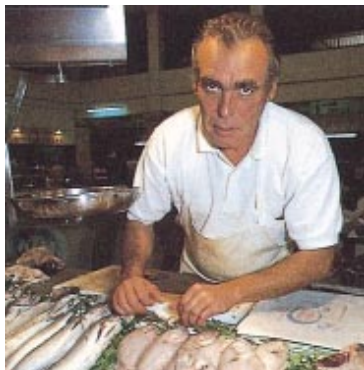
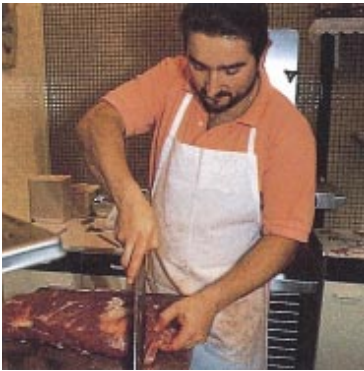
–Pues a mí no me sale

Fácil, eso decía, solo darle a una tecla y todo funcionaba, pero a él no le obedecían las teclas.

El contacto de China le anunciaba que llegaría en una semana y esperaba que le acompañara a Barcelona. Tenía que resolver un asunto, pero no daba más datos. No se trataba de una invitación formal y mucho menos de una orden. Chan era un tipo directo de los que dicen exactamente lo que quieren decir. Por eso se cayeron bien desde el principio. Es verdad que la distancia ayudaba a la relación. Todo parece más esperanzador cuando queda a muchos kilómetros. Estaba convencido de que la paz dependía en buena medida de que hubiera el suficiente espacio por medio.

“Si no estás muy ocupado, quizás podrías acompañarme”. Volvió a leer el correo antes de cursar contestación. Miró por la rendija de la puerta: la secretaria vestía jersey de punto color rosa chicle pegado al cuerpo. –Díos mío, era imposible que aquel estómago tan pequeño cupieran los intestinos, el hígado y esas cosas–. El pelo recogido con una pinza dejaba caer mechones rubios; y esa constante expresión de flotar. En qué pensaría. Tampoco parecía que en esa cabeza hubiera espacio para un cerebro desarrollado. Pero la envidiaba. ¡Lo que daría por ser ni la mitad de irresponsable!

Miró por la ventana. Salvo el kiosco de periódicos, la plaza había permanecido intacta durante el último medio siglo. De niño corría hasta la fuente cada vez que ganaba una mano al escondite. Mien-



tras, Arturito contaba. Siempre le tocaba contar a Arturito. A él esconderse. Luego salía del escondrijo y se precipitaba sobre el escudo de bronce encastrado en piedra de granito del que salía un chorro fino de agua. Por mí!; santo y seña. Otra vez había ganado. Manuel era también muy espabilado. Se plegaba bajo del asiento de un banco .Y si le pillaban corría, corría como el demonio y llegaba el primero a la cabeza del león de bronce. Por mí!. Arturito tenía que contar de nuevo. Si hubiera sido más rápido, le tocaría esconderse que era más divertido, pero era lento. A veces se cruzaban en la calle. Después de tanto tiempo ya no se hablaban, pero seguía siendo el muchacho torpón del escondite. Con los pies torcidos, mirando hacía adentro. Manuel, sin embargo, era un lince. Qué sería de él. La familia se mudó a Barcelona y nunca más se supo. Lo mismo le habían dado una jubilación anticipada y gastaba las mañanas sentado en un banco al sol del invierno.

Calma absoluta en la plaza; más allá de la iglesia sólo el brillo del sol reflejado en las cristaleras de un moderno edificio de oficinas. No pasaría nada porque abandonase el negocio un par de días. “Estaré encantado de acompañarte”, escribió en el correo electrónico. Hizo clic en la casilla de enviar y el mensaje viajó al fondo del mar. Entonces se sintió un hombre moderno.

¿Qué hubiera pasado de haber sido guapa? Aún siendo fea resultaba insoportable. Altiva, desdeñosa. Si colocaba los calificativos al final de su interminable nariz enseguida sentía ganas de asesinarla.

–Tu madre tiene la culpa por llenarte la cabeza de pájaros, se lamentaba el padre .

A veces se enfadaba y se metía en la cama días y días. Inviernos enteros.

–Tu madre tuvo la culpa, pero ya no tiene arreglo.

Le metió en el cuerpo aires de reina. Por su bien, claro, como todo lo que hacen las madres. La quería tanto, decía,

que no quería que sufriera por fea, y por más cosas. Anunciaba su presencia ante las visitas como si fuera una venus y los invitados enmudecían ante aquella niña renegrida con una nariz que parecía no terminar nunca.

–Qué lista

–Qué graciosa

–Qué espabilada.

–Una belleza–, cerraba la madre

Con los años le creció un poco más la nariz, pero no pareció importarle.

–Le falta de aquí. De aquí–. El padre se llevaba la mano a la frente.

Gracias a la influencia materna y a la falta de talento se convirtió en una mujer insoportable. Los pretendientes la dejaban plantada a los pocos meses y si aguantaban algo más era por la golosina de la dote. Y por la distancia. En aquellos tiempos los novios se veían poco y esto aumentaba las posibilidades de cuajar en boda. Por lo que fuera, cuando llegaban las fiestas del Pilar ya estaba sin novio, justo cuando estrenaba vestido y había ensayado para el baile. Su madre lo achacaba al calor. El largo verano derretía el seso de los muchachos.

Hacia años que se había hecho a la idea: se quedaba soltera sin remedio. Y le plantó cara. Su madre la convenció de que no era como las otras chicas, tenía un patrimonio y un negocio que bien llevado le daba para vivir y más. ¿Para qué necesitaba un hombre?. Cuando se cansó de esperar sacó del baúl el ajuar de boda y vistió la cama con un juego de sábanas primorosamente bordado. Alisó el embozo y vertió unas gotas de perfume sobre la almohada.

Aquilino era ciego, lo había sido siempre y no le importaba. Sólo sentía una cosa: no poder viajar. Lo de menos eran los paisajes, que le traían al fresco. Pero los hoteles..., hubiera dado cualquier cosa por alojarse en éste y en ese. Guardaba fotos de los más lujosos en una carpeta de color amarillo. Le habían contado que los había con grandes palmeras en el hall de entrada. Sentarse allí como un señor. Y luego estaban las habitaciones, que cómo huelen. Nada comparable a las de casa, y es por los jabones. Por eso, siempre que alguien se iba de viaje le encargaba una pastilla. Luego las desenvolvía con cuidado, aspiraba el aroma y la depositaba junto a la ducha.

Sabía que lo suyo no tenía solución y hacía un montón de años que había renunciado a visitar especialistas. De niño su madre lo llevó en peregrinación a una ermita donde se obraban prodigios. Era un día brillante de primavera con esa calidez espesa que desemboca en lluvia. Regresaron empapados y con una losa de barro y hierbajos pegada a la suela de los zapatos. Aquello le templó el ánimo y nunca más se metió en aventuras. Si prestaba atención a los nuevos adelantos que salían era exclusivamente por poder viajar. Por los hoteles.

Le hubiera gustado tener una mujer. A ratos, porque a ratos pensaba lo contrario. Pero una mujer no estaría mal del todo. En ese caso, tendría que pedir habitación doble



en los hoteles. Todavía dormía en la cama estrecha que le compraron mucho antes de ponerse pantalones largos, pero cualquier día lo mismo se armaba de valor y se compraba una de matrimonio, de las grandes. Y reformaría el cuarto de baño, que los de los hoteles tienen hidromasaje.

-¿Qué cambiarías de tu vida?

-El nombre

-Y eso?

-Queda mal en el registro de entrada de un hotel. Aquilino no pega.

Jugaba al juego de qué harías si... con el dueño del bar de al lado. El hombre le sacaba un café y él le regalaba un cupón para el sorteo de la noche.

-¿Y tú?

-Lo cambiaría todo.

Atardecía con una calma propia de primavera. Aquel estaba siendo un invierno raro, pensó mientras sacaba al contenedor los restos de las cajas de huevos y los despojos de pollo. Normalmente los vendía para hacer pienso, pero debía pasar algo y ya no venía nadie a por ellos. Un puesto de aves es un negocio limpio que no te deja pringado ni oliendo a mercado. Su madre tuvo en cuenta hasta ese detalle. Cuando llegara a casa sacaría del armario la chaqueta de punto rojo que se compró en las pasadas fiestas del Pilar y reservaba para las ocasiones. Se la pondría para ir a trabajar.

-¿Te tomas algo?-, preguntó el del bar.

-Tengo prisa-. Echó el cierre metálico y cruzó la calle con un taconeo de tic-tac, tic-tac.

-A esa no le echas el guante-, terció Aquilino desde su despacho de lotería.

-¡Qué dices! está deseando.

Recogió al chino en la estación y lo llevó directamente a la oficina.

-Te he reservado un hotel del centro. Estarás más cómodo.

El oriental estuvo un buen rato mirando el fax y la mesilla auxiliar donde guardaban los comprobantes de los envíos. No apartaba la vista de aquella máquina, y del ordenador donde llegaban sus mensajes. Desde que se conocieron no habían vuelto a verse. Se encontraron una tarde de verano, olía a mejillones y llevaba una camisa de seda color rosa claro. Los negocios vinieron después.

Ahora no podía apartar los ojos de esa máquina que les acercaba. China estaba

lejos y le gustaba imaginar cómo sería aquel lugar, qué luz iluminaría lo que le escribía, qué perfume lo envolvería. Las palabras no saben igual.

-Vamos a cenar. ¿Qué te gusta?

-Todo.

Le alegró comprobar que su contacto, no se atrevía a llamarle socio, era un hombre abierto. Pidió un menú degustación y una botella de Rioja.

-Pronto importaré vinos.

-¿Qué hay en Barcelona?-, sabía que la pregunta, así de repente, no molestaría al oriental, poco amante de circunloquios.

-Hemos perdido el contacto que teníamos y tengo que encontrarle.

-Pasearon por las calles solitarias. No hacía frío, pero los escaparates parecían congelados, con esa



tristeza que se apodera de las cosas cuando ha pasado su hora. A esas horas los cubos de la basura transmitían más vitalidad que las maniqués inertes.

–Mañana saldremos a las 10–. Se despidieron.

De regreso al coche le pareció ver a su secretaria en la barra de un bar. Miró con atención. Era ella. Sentada sobre el taburete con el mismo aire perdido de siempre. Sin embargo, según qué momentos, el gesto denotaba una enorme seguridad, como si esperase un imposible. Lo increíble estaba a punto de caer en sus manos, aunque nadie lo apreciase. ¡Lo que hubiera dado por poseer esa indolencia!

Aquel invierno estaba resultando más soso que otros. Ni chismes ni maldades. Como si una bondad insoportable se hubiera apoderado de todo. Nada que roer en las meriendas de los domingos. Aunque ella odiaba las meriendas y los domingos por la tarde. No se había desprendido del sentimiento de tristeza que impregnaba los atardeceres de los días de fiesta. Una sensación de ocaso que arrastraba desde la infancia. Su madre también la padecía. Esa angustia era el único recuerdo tierno que recordaba de ella.

La noticia de la muerte de M.F. que podía haber dado mucho de sí, se eclipsó de inmediato. Los periódicos publicaron las iniciales, pero todos en el mercado sabían el nombre completo. Tampoco recogieron las causas de la muerte, aunque todos sabían que se había desplomado mientras le pesaban un kilo de naranjas. Lo único que estaba claro es que se trataba de una muerte inoportuna.

Si se pudiera escoger ese instante, ella lo haría sentada frente al tocador. Cepillándose el pelo y con una mañanita de raso color rosa sobre los hombros. No encontraba el momento de lucir tanto bordado de la dote. Le gustaba imaginarse sentada como una madonna, con el pelo suelto y la mañanita festoneada de blondas. Si se muriese en ese instante, entraría en el cielo como una artista. ¡Lo que hubiera dado por ser artista! De no haber heredado la pollería hubiera sido tonadillera. Ensayaba el instante en que la música se detiene y se recoge la bata de cola como haciendo un desplante. Señor, ¡qué poderío!

–Fue un ataque al corazón, dicen–. Sacó el tema para romper la quietud insoportable de las ciudades de provincia, especialmente los domingos por la tarde.

–Nadie lo sabe.

–Estaba en la frutería, cuando de repente se retorció y cayó sobre sí mismo como este pañuelo, mira.

La mujer se desanudó el pañuelo del cuello, lo estiró con ambas manos y luego lo soltó de la parte de arriba.

–¿Lo ves?

–Como la rosca de un tornillo.

–¿Y eso qué prueba?

–Nada, que murió.

En los atardeceres de domingo hay familias que empujan niños con el aire cansado de fin de fiesta. A ella se le cogía una cosa en la garganta que no podía.

–Camarero, la cuenta.

Todo acaba antes en las tardes de domingo, como si ya nadie esperase nada. Hasta los bares cierran





antes. Un camarero barría los restos de gambas del suelo, poco después escuchó el chirriar de la cerradura metálica. Sería porque nadie podía aguantar la melancolía.

Si pudiera, me iría a un sitio donde no hubiera domingos por la tarde. Pensó mientras buscaba las llaves en el bolso.

El chino le trajo buenas noticias: en primavera cerrarían el trato. Las cosas estaban bien atadas, pero con esa gente nunca se sabía. Había sufrido en sus carnes la paciencia china. Cinco años de negociaciones le había costado hacerse con la exportación de frutas de Aragón. Ahora ampliaría el negocio: almendra, primero; aceites, después.

Desde niño presintió que tendría que hacerse cargo del negocio familiar de abastecimiento de pescado. Se metía en la cama, cerraba los puños y pensaba que era un hombre de mundo. Que viajaba a países extraños. Y todo tenía esa luz anaranjada de las puestas de sol. Desde siempre se sintió distinto y quizás por eso creció en su interior el deseo

de vivir en otros lugares. Pero nunca se atrevió a cambiar el destino. Lo del pescado no iba con su sensibilidad, pero dejarlo equivalía a traición y le podía el sentido de la responsabilidad. Se moriría asfixiado en aquel ambiente. Tenía valor para morir, pero no para romper la imagen que los demás se habían hecho de él. Por eso envidiaba a la secretaria, la sentía libre.

–¿Por dónde piensas empezar a buscar?–, le dijo al chino cuando faltaban pocos kilómetros para llegar a Barcelona.

–Tengo una dirección, aunque supongo que ya no estará allí. Le enseñó el remite de una carta, escrito con tinta verde.

El corazón le dio un vuelco al ver la letra, pero enseguida se tranquilizó. En realidad todas las letras escritas con tinta verde se parecen, quizás por lo raro. Durante mucho tiempo recibió cartas de un muchacho de Chicago. Su madre nunca supo o no quiso saber cómo se llamaba. Cuando quería referirse a él lo hacía como el de la “tinta verde”. “El de la tinta verde ha llamado”, “el de la tinta verde te espera”. En el fondo era una forma de distanciarse para no sentirse cómplice de una situación que la incomodaba. Pero él nunca se lo echó en cara.

Otro en su lugar hubiera renunciado a lo del pescado. Otro en su puesto, se hubiera levantado de la mesa en mitad de una celebración familiar para anunciar “No soy quien pensáis”. Lo hubiera pronunciado alto y claro, en tono pausado, como el sacerdote repite las palabras bíblicas. Pero temía defraudar y, sobre todo, le sobraba responsabilidad.

–Y ¿qué quieres que haga?

–Sólo acompañarme.

Aquel chino no era como los demás. Directo, conciso, cada segundo tenía un valor incalculable. Solamente en los modales ceremoniosos guardaba cierto parecido con sus compatriotas.

–¿De verdad eres chino?

–¿Por qué lo dices?

–No te parece a los tuyos.

Se desenvolvía con la seguridad de quien ha estado en todas partes.

–Uno se parece a quien quiere parecerse.

- No sé cómo se hace.
- No hay que hacer nada.
- ¿Entonces?
- Basta creerlo.
- Lo creo a ratos.
- Hay que creerlo todo el tiempo.

Hacia tres meses que el hombre de la tinta verde había abandonado la dirección que venía en el sobre. Pese a su aspecto señorial el edificio carecía de portero. A lo mejor lo había elegido a propósito para evitar miradas indiscretas. Lo mismo quería pasar desapercibido. Enseguida se dio cuenta que estaba proyectando su obsesión por esconderse. Respiró hondo y llamó al timbre del piso de enfrente. Una joven rubia asomó la cabeza detrás de la puerta.

- Hace tiempo que no vive nadie.
- Cuánto tiempo.
- Creo que desde Navidad.
- Antes, mucho antes, añadió una voz desde el fondo del pasillo.
- ¿Te acuerdas que hubo que devolver el paquete? Otra cabeza rubia salía por la rendija de la puerta.
- ¿Qué paquete?
- Uno que trajeron y nos preguntaron si podían dejarlo en casa para que lo recogiera el señor de al lado. En vista de que nunca venía nadie, lo devolvimos .
- Gracias.

Durante esos días el oriental permaneció como ausente. Una táctica para observar cómo se desenvolvía, ¿quizás?. Pero no tenía ganas de ponerle pegas, al fin y al cabo le sería más fácil obtener información de la gente si quien se la pedía era de los suyos. Se les había hecho de noche y sólo tenían una cosa clara: el tipo de la tinta verde había desaparecido sin dejar rastro. El paquete, aún en la oficina postal, contenía un montón de libros pagados anticipadamente a una editorial en la que sólo tenían la dirección ya visitada.

- Vamos de marcha.

Segunda certeza: por mucho que lo negase, ese chino no era un chino como el resto de los chinos.

- ¿Qué pasa si no lo encontramos?
- Nada.

La mañana amaneció con una fuerte nevada.

- El tiempo está raro-, dijo como se dicen muchas cosas; por decir, mientras troceaba tres cuartos de pechuga.
- Como nosotros-. La contestación encerraba una intención.
- ¿Por qué lo dice?
- Por las cosas que pasan.
- Pues a mí no me pasa nada desde la primera comunión.
- Mejor así porque mire ese pobre hombre, salió de su casa tan tranquilo y no volvió.
- Eso le ocurre a cualquiera.
- Cualquiera no se muere retorciéndose mientras se come un plátano.



Mientras limpiaba la cámara frigorífica echó un vistazo a su vida. ¡Si se pudieran borrar a trozos como las manchas con el estropajo! Una vida en blanco es lo que necesitaba. Un trozo larguísimo en blanco para rellenar de lo que quisiera, aunque tampoco sabía de qué. A lo mejor tenía razón su padre cuando decía que le faltaba talento. Hace falta tener imaginación para reconstruirse, pero a ella no se le ocurría nada. Todo lo que se le pasaba por la cabeza era limpiar el frigorífico, abrillantar el mostrador. Frotó la superficie pulida hasta dejarla como un espejo. Pasó la bayeta una vez, otra, otra, hasta que le dolieron los brazos. Se asombró de que no se le saltara una lágrima. Su padre tenía razón, carecía de talento. La aversión al alcohol también le había restado oportunidades. Nunca pudo acostumbrarse al sabor del güisqui y eso le echó encima una fama de antigua que la acompañaba desde entonces. En su juventud nada quedaba tan moderno como una chica con un güisqui en la mano, y eso se notaba. Hizo lo que pudo por tomarle gusto, pero solo olerlo y le entraba no sé qué por el estómago.

Le vino a la memoria la muerte de Franco. De camino al mercado vio los abecés apilados en el kiosco. En la portada: "Franco ha muerto". Su padre dijo que ese día no abrirían el puesto. Entonces todavía vivía su padre. Después añadió que las cosas ya no serían como antes, pero luego todo fue lo mismo. La nevera estaba lista para llenarla de nuevo. De pronto se le vino a la cabeza el comentario de la clienta sobre el tipo que había muerto de repente. No entendía la relación que pudiera haber entre la muerte y el hecho de comerse un plátano. Por cierto, el día que murió Franco su madre preparó natillas de postre. Las dejaba enfriar en el suelo del comedor bueno cubiertas por una capa de canela.

Aprovechó que el jefe estaba fuera para llegar un poco más tarde. El sábado se examinaba del carnet de conducir y le faltaba por entregar unos papeles en la gestoría. En cuanto tuviera el permiso se compraría un coche, de segunda mano, lo que fuera, el caso era salir corriendo y que no le vieran más el pelo. Sabía que la costa estaba llena discotecas y garitos de ensueño. El mundo quedaba a dos horas.



Abrió el correo de su jefe: diez kilos de langostinos y un salmón para el día 28, el aviso de una entrega de cemento y el nuevo fax de una empresa en San Sebastián. También había un mensaje que no parecía tener que ver con lo anterior: "No te olvides, estaré esperando". Hizo los pedidos y apagó el ordenador. En una esquina su jefe había dejado escrito un recordatorio: apuntar cómo registrar una nueva dirección. En tinta verde.

–¿Algo nuevo?

–Nada, lo de siempre.

–¿Nada más?.

–Un mensaje: "No te olvides", firmado con una jota y una te.

–¿Y?

–Que el sábado me examino del carnet.

Todavía no se explicaba como la contrató. No le pidió ningún título ni quiso saber siquiera si escribía bien a máquina. La vio en un bar, la invitó a una copa y le preguntó si quería trabajar en un negocio de distribución de pescado. Ella se

quedó mirando la pared. Él continuó: te espero mañana. Habían pasado tres años desde entonces. Nunca más volvió a encontrarlo en aquel garito, ni en ningún otro. Salía de la oficina y era como si se lo tragara la tierra. Jamás volvió a hablar de otra cosa que no fuera de trabajo. Una vez se lo encontró llorando .

-¿Qué te ocurre? .

-Nada.

-¿No eres feliz?

-Nadie lo es, contestó él con rabia.

-Eso es un invento.

-¿Cómo?

-Un invento para que nadie se queje.

Jamás volvieron a tocar el tema, pero ella sabía que de algún modo él la admiraba.

-**Imagina que te toca un montón de dinero**-.Era media mañana y la tanda fuerte de clientes ya había pasado. Hasta la hora del aperitivo tenía un respiro.

-Eso no ocurre nunca.

-Entonces, ¿por qué vendes lotería?.

-Algo hay que vender.

-Insisto, imagina que te toca un porrón de dinero y sales en la tele.

-Para qué, si no me puedo ver.

-Yo daría cualquier cosa por salir en la televisión.

-Si te mueres como el tipo del otro día, seguro que sales. Sacaron imágenes del cuerpo cubierto por una manta y una foto suya, tipo carnet, en la esquina de la pantalla.

-La que salió guapa fue la Herminia, la de la pollería. No sé cómo esa mujer sigue soltera.

-Dile algo.

-Ya, pero fíjate, cuando uno se ha acostumbrado a estar a su aire, no sé, no sé.

Una corbata era la única pista por rastrear. Había aparecido en el ascensor. Una de las muchachas del piso de al lado la descubrió una mañana al ir al colegio. Muy temprano, con lo cual no podía haberla perdido de nadie de las oficinas porque entraban más tarde. Además, en esa escalera vivían pocos vecinos. Dos ancianas, una aspirante a actriz, una joven pareja que acababa de divorciarse y un militar retirado y sordo que vivía en el piso de arriba con una criada dominicana. Además de sordo, medio ciego. La asistenta intentaba hacer trampas con el dinero, pero llevaban tantos años juntos que no podían engañarse .

-No es de él. Respondió tajante la dominicana, cuando la joven le enseñó la corbata.

-¿Está segura?

-Si fuera suya estaría quemada por la ceniza del puro. Todas sus corbatas están quemadas por la ceniza de los puros.



–A lo mejor es nueva.

–Sí, hombre, con lo tacaño que es.

Aquella unión duraría hasta la muerte.

–Sólo puede ser de él, dijo la muchacha señalando la puerta del apartamento de enfrente.

Se trataba de una pieza de firma, excelente seda, último diseño. En cualquier tienda que vendieran esa marca le darían pistas.

–¿A quién buscamos?

–A un hombre exquisito–, respondió el chino.

–Qué tiene de especial?

–Ya lo descubriremos.

No sabía muy bien qué pintaba allí. Se había marchado por dos días y llevaba dos semanas fuera de su casa, con el negocio en manos de una joven cuyo gesto más reflexivo era colocar el abrigo en la percha.

–¿Alguna novedad?

–He aprobado.

–Enhorabuena.

–¿Algo más?

–El tipo que te esperaba ha enviado un fax.

–¿Qué dice?

–Que se ha cansado.

Si a ella le hubieran hecho algo así, no le hubieran visto el pelo, pero aquel tipo lo aguantaba todo. Así era el amor de sus sueños.

–Si me das más datos sería más fácil.

–¿Qué datos?

–Qué hace, los gustos, no sé, alguna inclinación especial.

–Hace de todo.

–Cómo de todo.

–Todo lo que le diga.

Le salió con tal naturalidad que las palabras ni siquiera le rozaron los labios. Y por primera vez se fijó en su boca: grande, carnosa, acorde con su estatura. Era un hombre alto, muy alto. Hasta eso le diferenciaba del resto de los chinos.

Vivieron unos días extraños. No es que sucediera nada especial, pero la calma de la rutina resulta a veces misteriosa, como esa luz de harina que envuelve todo en una atmósfera de irrealidad.

–El tiempo está loco–, dijo por decir algo

–Como nosotros–, respondió la clienta.

–No sé si llevarme unos muslos de pollo. La última vez fue cuando mataron a ese.

–Se murió solo, sin que nadie lo matara.

–Nadie se muere haciendo un movimiento tan raro.

–¿Qué hizo?.

–Parecía un sacacorchos, según dicen, que yo no lo vi.

Intentó recordar aquel día. ¿Qué pasó? Seguro que se levantó temprano, como siempre. Haría la cama poniendo buen cuidado en alisar el embozo. Abriría el puesto minutos después que la pescadería de enfrente, regaría las macetas de perejil del mostrador. Justo: ese día guisó carne con patatas. Le puso unas judías verdes, como lo preparaba a su madre.

–¿Alguna novedad?

–El periódico dice que el hombre que murió en el mercado fue asesinado.

–Los periódicos sólo cuentan mentiras.

Él sabía que no había habido tal asesinato. Estaba allí por casualidad, porque estaban descargando el cemento que le habían encargado para unas reformas. Le gustaba estar delante cuando entregaban los pedidos y le pilló en ese momento. Miraba distraído cuando vio a un hombre girarse sobre sí mismo y desplomarse. Como cuando se juega a los vaqueros y uno finge caer herido. El tipo se agarró a una piña de plátanos y amortiguó el golpe. Por eso se le quedó un plátano entre los dedos. Cuando llegaron los de la televisión, los testigos contaron con mucho detalle lo del plátano. Y también salió el frutero que llamó a la Herminia, que estaba al lado.

–Ven, para que salgamos en la tele.

La Herminia corrió, por eso el del bar decía que la habían sacado muy guapa.

La pista de la corbata les condujo a un sinfín de tiendas de lujo. El chino palpaba las camisas entreteniéndose en las texturas de los tejidos. Además, sabía de lanas y sedas. Y ahí terminó la búsqueda. Los días siguientes los dedicaron a contemplar los atardeceres sobre el mar.

–Sabías que ese hombre no existía.

–Y tú también.

–No estaba seguro

Le llevó al aeropuerto. Durante el camino guardaron silencio. Luego se abrazaron y rompieron a llorar, pero al chino no le caían lágrimas.

–¿Qué harías si te toca el gordo?

–Eso no ocurre jamás.

–Entonces, ¿por qué vendes lotería?

–Algo hay que vender.

–También llevas razón



-Y si te gusta tanto la de la pollería por qué no te casas con ella?
 -A veces lo pienso. Pero, ¿sabes qué haría si me tocara el gordo?
 -¿Qué?
 -Reformaría el bar. Pondría un zócalo de mármol y muchos espejos con apliques de metal dorado. Y asientos tapizados de terciopelo rosa claro. ¿Tú sabes lo que tiene que ser un sitio así?

Antes de entrar en la oficina compró el periódico en el kiosco de abajo.

-Muchos días fuera.

Ni contestó al comentario. Subió los ocho escalones que había hasta el despacho. Se topó con un gigantesco ramo de margaritas blancas. ¿Le habría crecido un corazón a la secretaria?

-¿Ha pasado algo?.

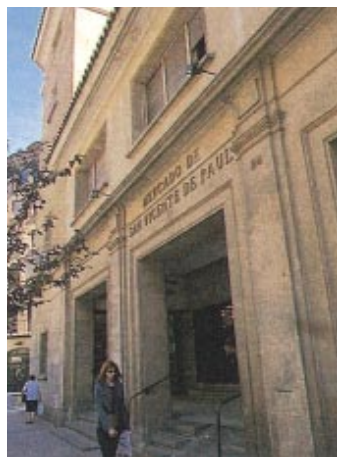
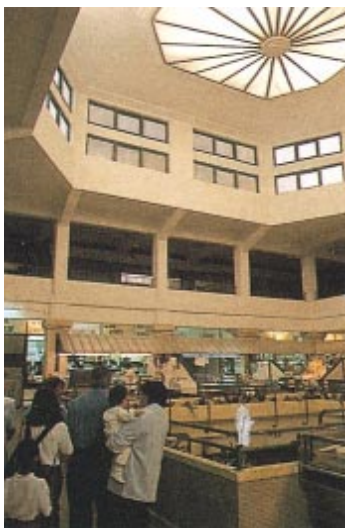
-Nada, que es primavera.

-Ya veo las flores.

-Las ha enviado un señor. Se llama Chan, aunque no lo entendí bien.

Extendió el periódico sobre la mesa y lo cerró al instante. No había nada de interés. Miró por la ventana; las hojas de los árboles empezaban a brotar. Había sido un invierno raro.

MARÍA JOSÉ CAVADAS
 PERIODISTA



MERCADO DE SAN VICENTE DE PAUL ZARAGOZA

El Mercado de San Vicente de Paúl, situado en pleno centro histórico de Zaragoza, ocupa la manzana limitada por las calles San Vicente de Paúl, San Lorenzo, Pedro Ramírez y Mayor, y forma parte de un edificio de propiedad municipal.

El edificio del Mercado consta de dos cuerpos diferenciados. El basamento ocupa la totalidad de la planta baja y primera. Dispone de dos alas prismáticas de doble crujía que recaen sobre las calles San Lorenzo y Mayor. Entre ambas dejan un patio abierto a las calles Pedro Calixto Ramírez y San Vicente de Paúl.

El patio de luces, de 14x15 metros, está cubierto por una linterna sostenida en ménsula por los pilares de la planta primera del mercado y se encarga de proporcionar iluminación natural a la lonja.

En 1998 el Ayuntamiento invirtió cien millones de pesetas fundamentalmente en reforzar la cimentación. Asimismo se instalaron ascensores y rampas de acceso. Cuenta con 22 puestos de ventas, ubicados en dos plantas.

Recientemente, la Empresa Nacional MERCASA ha realizado un estudio para la remodelación de este Mercado.